



Columna



Manfred Svensson

El debate trans y la misión de la universidad

Hace apenas dos meses, se podría haber descrito la discusión sobre la transexualidad durante la última década de una manera muy sencilla. En la primera mitad de esa década el predominio de las ideas transafirmativas fue simplemente avasallador, para luego entrar en crisis por dos sustantivos obstáculos. Primero (como era manifiesto sobre todo en el deporte), por la manera en que la categoría de “mujer” tuvo que salir a ser rescatada; luego (como se hizo manifiesto sobre todo con el Informe Cass), porque suficientes voces se han levantado a preguntar por el daño irreversible que parecía extenderse sobre la infancia. Parecía que la sensatez ya primaba en lo que respecta al deporte fe-

cierto que la discusión abierta de estos asuntos es hoy más fácil que unos años atrás, ella es objeto de constante asedio. La pasada semana nos dejó, de hecho, dos ejemplos elocuentes. Por una parte, la presión inquisidora que se desplegó contra el reportaje de Informe Especial “Nuestros niños trans”, y por otra la campaña levantada contra el biólogo José Gallardo Matus de la Universidad Católica de Valparaíso.

En un claustro de la semana pasada, este académico expuso no solo sus críticas a las teorías de género subyacentes, sino también a protocolos universitarios que parecen avalarlas. ¿Puede justificarse que la universidad respondiera activando un procedimiento en su contra? En un momento global

“Como nos recordaron los Juegos Olímpicos, hay un buen número de personas (y de poderosas instituciones) dispuestos aún a afirmar que no tenemos cómo saber qué es una mujer”.

menino, y que ahora tocaba recuperarla en la relación con la niñez y la adolescencia. Y aunque quedara mucho trabajo por delante, al menos ya estaba claro que esto se podía discutir abiertamente.

Aunque hay bastante de cierto en esta caracterización, es falsa la ilusión de que se ha ganado una discusión y toca pasar a la siguiente. Como nos recordaron los Juegos Olímpicos, hay un buen número de personas (y de poderosas instituciones) dispuestos aún a afirmar que no tenemos cómo saber qué es una mujer. Esta es una preocupación que no puede ser abandonada. Por otro lado, aunque estén ya en tela de juicio los enfoques transafirmativos, el destino de esta discusión no es nada claro. La comisión creada por el Ministerio de Salud, después de todo, tiene una composición casi totalmente alineada con las políticas promovidas por el gobierno. Y por último, aunque es

bastante crítico para la libertad de expresión, esta pregunta es de primera importancia. Las primeras reacciones han mostrado, en efecto, a autoridades universitarias muy proclives a dar primacía a los sentimientos de vulneración de algunos alumnos, como si tales sentimientos bastaran para impedir estas discusiones.

Caracterizaciones expansivas de lo que constituye un “discurso de odio” se han vuelto un instrumento casi universal de censura, y las universidades tienen como deber fundamental resistir esa tendencia. Después de todo, no se trata solo de defender la libertad académica. Se trata también de mostrar que las universidades son espacios en que hay un mejor camino que arrojar consignas de un bando a otro. La UCV tiene una excelente oportunidad para mostrar al resto del sistema universitario que estas disputas pueden conducirse de modo razonado.

Universidad de los Andes